

MÍSTICA Y FELICIDAD

Burgos, 15 de julio de 2010

Introducción

Cuando se me propuso desarrollar en este foro el tema “Mística y felicidad” (prefiero quitar el artículo “*la* mística y *la* felicidad”), me atrajo espontáneamente el enunciado. Como mujer creyente, me siento interpelada, gozosamente interpelada. Mi corazón acusa por dentro como “verdadera” la conexión íntima entre ambos términos, mejor experiencias. Con ello quiero decir que no es, pues, un tema “neutro” para mí sino todo lo contrario. Me lleva, además, al núcleo de mi fe cristiana, pues está en juego la imagen de Dios y del hombre.

Cualquiera que se interese por la situación religiosa actual, se encuentra con una situación un tanto paradójica: aunque desde hace ya bastantes años se viene prognosticando el fin, al menos social, de la religión, constatamos, sin embargo, un fenómeno ambiguo y complejo que podríamos denominar como retorno de lo sagrado, vuelta de lo mágico, que se concreta en la aparición de “nuevas formas de religiosidad”, y en “nuevos movimientos religiosos”. La variedad de sus formas no admite resumirlo en un único término ni valorarlo en una única dirección. No me corresponde en esta ponencia ahondar en este aspecto.

Pero el hecho es que la situación religiosa del mundo occidental se caracteriza hoy en día por la extensión de la increencia, sobre todo bajo la forma de la indiferencia religiosa, y, *al mismo tiempo* (¡y allí está lo llamativo!), por un creciente interés por el cultivo de nuevas experiencias espirituales así como por los escritos y también algunas prácticas de los místicos. Llama la atención, por ejemplo, cómo han proliferado desde los años de 1980 en adelante las ediciones críticas de místicos y místicas, no sólo del tiempo contemporáneo sino de la Edad Media, etc.

Esta referencia a la mística se puede observar desde algunas décadas igualmente entre los teólogos y espirituales de distintas tradiciones, aunque desde una perspectiva diferente. Muchos recurren al testimonio de los místicos precisamente buscando en ellos “una luz en la noche” de la crisis de la religión, un referente para el creyente de hoy y de mañana¹. En este sentido se ha hecho célebre la afirmación que Karl Rahner hizo ya en 1966 cuando dijo que el hombre religioso del mañana tendría que ser un “místico”,

¹ Para este tema consulte sobre todo el estudio de J. M. VELASCO, *El fenómeno místico*, Trotta, Madrid 1999.

es decir, alguien que ha experimentado algo de Dios, para poder sobrevivir esta crisis². Creo que los hechos le han dado la razón.

Se da, por otra parte, también, la circunstancia que nunca una persona interesada ha tenido un acceso tan fácil a la formación e información en materia religiosa, teológica y espiritual como hoy y, sin embargo, lo que se reclama, lo que la gente busca son personas que, como San Juan, puedan decir: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de la vida ... os lo anunciamos" (1 Jn 1,1-2). No es la letra sino el Espíritu el que da vida. Y las personas buscan la vida, la felicidad, como nunca, buscan aquello o a Aquel que, una vez alcanzado, no se desvanece como tantas cosas que el hombre contemporáneo ya ha probado hasta la saciedad, sin que se apague su sed.

En esta ponencia nos preguntamos: ¿Existe una relación entre mística y felicidad?

El tema es muy amplio, admite muchos enfoques y suscita un gran número de interrogantes. Mi exposición se moverá dentro del marco de la mística cristiana. Para no perdernos quiero anteponer la siguiente tesis:

La vocación de la persona humana a la felicidad llega en la experiencia mística a su plenitud. En cuanto tal la mística constituye el cauce más sublime para encontrar la felicidad.

Intentaré fundamentar este enunciado en los siguientes pasos:

- 1) ¿Qué entendemos por mística? Definición y características.
- 2) Partiendo de que Dios mismo es el objeto directo de la experiencia mística, nos preguntamos: ¿Qué nos dice la Sagrada Escritura?³ ¿Qué Dios es este que no sólo quiere ser conocido por el hombre sino hasta unirse con él? ¿Es posible una relación "directa" entre Dios y el hombre?

² De ahí que Rahner reclama: "Die Mystagogie muss von der angenommenen Erfahrung der Verwiesenheit des Menschen auf Gott hin das richtige „Gottesbild“ vermitteln, die Erfahrung, dass des Menschen Grund der Abgrund ist: dass Gott wesentlich der Unbegreifliche ist; dass seine Unbegreiflichkeit wächst und nicht abnimmt, je richtiger Gott verstanden wird, je näher uns seine sich selbst mitteilende Liebe kommt; dass man ihn nie als bestimmten Posten in das Kalkül unseres Lebens einsetzen kann, ohne zu merken, dass dann die Rechnung erst recht nicht aufgeht; dass er nur unser „Glück“ wird, wenn er bedingungslos angebetet und geliebt wird" (K. RAHNER, *Frömmigkeit heute und morgen*, en A. SCHÖNFELD (Hrsg), *Spiritualität im Wandel*, Echter, Würzburg 2002, 87-88).

³ Otra vía de acercamiento a Dios podría ser la misma experiencia mística: ¿Qué imagen de Dios reflejan los místicos? En esta ponencia prefiero, sin embargo, entresacar las características fundamentales de Dios directamente de la Revelación, es decir, de lo que Dios mismo dice de sí a través de la Escritura y, sobre todo, de Su Hijo Jesucristo.

- 3) Esta pregunta nos obliga, en el paso 3º a plantearnos: ¿De qué hombre hablamos? ¿Cuál es la meta de la existencia humana?, y ¿con qué bagaje cuenta el ser humano para poder entrar en contacto directo con Dios?
- 4) Por último intentaré responder a este interrogante: ¿Qué aporta la felicidad del místico al mundo de hoy?

1. ¿Qué entendemos por mística cristiana? Definición y características

La palabra *mística* viene, etimológicamente, del verbo griego *myo*, que significa la acción de “cerrar”, “callar” aplicada a los ojos y la boca. La raíz griega *my-* es una onomatopeya del sonido inarticulado del gemido, pronunciado por quien es incapaz de articular palabras porque está como dominado por un sentimiento profundo e inefable que abarca todo el psiquismo humano. La incomunicabilidad de esta misteriosa experiencia, sea de unión, conocimiento, amor o cualquier estado místico, se debe a que la naturaleza y la acción de su objeto, el Ser o Dios mismo, trasciende todo lo que la persona humana puede conocer y comprender.

En sentido cristiano, la mística es *cognitio Dei experimentalis*, conocimiento de Dios, basado en la experiencia. De ahí que, en la mística cristiana, Dios no es sólo objeto de la fe, ni tampoco sólo un tema para la reflexión filosófica, sino que el ser humano experimenta su *existencia* por medio de una o numerosas vivencias religiosas. Nos referimos al Dios de la revelación, al Dios Uno y Trino que nos ha hablado en Jesús de Nazaret.

La experiencia de Dios reviste diferentes grados desde una fe viva hasta la unión del alma con Dios en el matrimonio espiritual. Los clásicos distinguían tres vías: la de purificación, iluminación y unión que corresponden a los principiantes, los aprovechados y los perfectos. Sin embargo, ¿no es también una experiencia mística lo que a tantos cristianos mantiene en su vida cristiana y lo que Rahner apuntaba cuando pedía “que hayan experimentado “algo” de Dios? Volveremos sobre esto. De todas formas, no podemos “encasillar” la experiencia mística. Esto nos obliga a abordar la cuestión con sumo respeto. El Espíritu sopla donde quiere y como quiere.

¿Cuáles son las características más destacadas de la experiencia mística?⁴

1) El carácter totalizador

En la experiencia mística la implicación de la persona es total, pero no como resultado de un acto voluntarista sino como fruto de la posesión del alma por parte de la Presencia divina. San Juan de la Cruz habla del “toque sustancial de la sustancia de Dios en la sustancia del alma”. La experiencia

⁴ Para este punto cf. sobre todo a J.M. VELASCO, *El fenómeno místico*, o.c., 319-356.

mística es vivida por el sujeto más allá de la diferenciación en sentidos, facetas, facultades, es decir, desde el centro mismo, desde la raíz de la persona. No hay un órgano especial para la experiencia. En ella el alma "se hace toda ella medio de percibir a Dios"⁵. Como pide también el alma a Dios en el Cántico espiritual de San Juan de la Cruz: "*Entrégate, pues, ya de vero, dándote todo al todo de mi alma, porque toda ella te tenga a ti todo*" (C 6,5).

La manifestación más clara del carácter totalizante es la transformación de la persona que opera la experiencia mística.

2) La pasividad

En la experiencia mística se da la superación del conocimiento propio de la conciencia ordinaria. El sujeto se encuentra con algo que irrumpe en su vida y de cuya aparición no dispone él mismo. Santa Teresa dirá: "Acaeciame...", "habiéndose el alma pasivamente en ella". Los autores llaman estas experiencias *infusas*, precisamente porque se trata de una forma de conocer a Dios en la que la conciencia permanece pasiva, también a nivel psicológico.

Esta pasividad indica también la gratuidad de lo recibido. El alma percibe en sí misma la presencia de Dios que se le otorga de forma enteramente gratuita. No cabe ni el esfuerzo voluntario ni la búsqueda de razones.

3) La inmediatez

Aunque la experiencia mística nunca puede ser provocada, responde, sin embargo, a un anhelo profundo del alma que suspira por esta inmediatez en su encuentro y conocimiento de Dios. San Juan de la Cruz lo ha expresado de forma única en su Cántico:

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura (CB 11).

De ahí que San Juan de la Cruz dirá, al hablar de los "toques" divinos en el alma: "porque es toque sólo de la Divinidad en el alma, sin forma ni figura alguna intelectual ni imaginaria" (LI B 2,8).

⁵ J. MARITAIN, *Distinguer pour unir on les degrés du savoir*, DDB, Paris 1946, p. 517, n. 1

4) Experiencia fruitiva

Que la experiencia mística es también una experiencia intensamente fruitiva lo atestiguan muchos místicos. El que lo ha expresado de forma más bella es San Juan de la Cruz:

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda, oh toque delicado,
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!
matando, muerte en vida la has trocado (LI 2).

El Santo utiliza expresiones ambivalentes para dar a entender una realidad particular: la presencia divina es al mismo tiempo gozada y padecida por el hombre. La presencia divina, al mismo tiempo que se impone con toda la certeza⁶, también trasciende la capacidad de la persona para captar la trascendencia divina, lo que provoca aún mucho más el deseo, el ansia de esta presencia. No es que la persona la anhele por sí misma -este deseo no tiene su origen en el hombre- sino que Dios lo suscita, lo origina y nada fuera de Él lo puede saciar.

Santa Teresa, al comparar el deleite de la unión con Dios con otras uniones, no niega que éstas también hacen que el alma se goce,

“mas no con la manera que Dios, ni con el deleite y satisfacción del alma y paz y gozo. Es sobre todos los gozos de la tierra, y sobre todos los deleites, y sobre todos los contentos, y más, que no tiene que ver adonde se engendran estos contentos o los de la tierra que es muy diferente su sentir, como lo tendréis experimentado” (5 M 1,6).

Aquel bien tan grande de la unión con Dios (...) es el mayor que en esta vida se puede gustar, aunque se gusten todos los deleites y gustos del mundo. Y sin embargo, “queda el alma tan deseosa de gozar de Dios (...) que vive con harto tormento” (6 M 6,1). ¿Por qué? Porque el gozo de la unión con Dios es de otra naturaleza que los que procuran los bienes mundanos.

De ahí que Dios tiene que dilatar el corazón humano, hacer de él un recipiente adecuado a lo que va a recibir en él. ¿Cómo? A través de la purificación (y muerte) en la que la persona ha de consentir / colaborar no poniendo su corazón en nada fuera de Dios mismo, ni siquiera en los dones que ÉL le regala como ayuda en ese acercamiento a Él.

5) Simplicidad o sencillez de la experiencia mística

Cuanto más avanza el alma hacia el encuentro unitivo con Dios, más se simplifica la experiencia mística. “El hecho es -dice el Pseudo-Dionisio- que

⁶ La certeza es otra característica de la experiencia mística.

cuanto más alto volamos menos palabras necesitamos, porque lo inteligible se presenta cada vez más simplificado”⁷.

Para hacernos entender, cedamos una vez más la palabra a San Juan de la Cruz:

“Por eso, en este estado [de contemplación] en ninguna manera la han de imponer [al alma] en que medite, ni se ejercite en actos, ni procure saber ni hervor [fervor], porque sería poner obstáculo al principal agente que, como digo es Dios, el cual oculta y quietamente anda poniendo en el alma sabiduría y noticia amorosa, sin especificación de actos [...], y así entonces el alma también se ha de andar sólo con advertencia amorosa de Dios, sin especificar actos, habiéndose [...] pasivamente, sin ver de suyo diferencias, con advertencia amorosa simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor” (LI B 3, 33).

Esta simplicidad de la experiencia mística no tiene nada que ver con un “empobrecimiento” de la persona. “Al contrario, se trata de una concentración en el *unum necessarium*, de un acendramiento en lo esencial que no hace más que intensificar la fuerza de la luz. [...]

En la experiencia mística todo cuanto configura al hombre interviene, pero desde una nueva forma de unidad”⁸. Vaciada de toda posesión, la persona alcanza un grado admirable de libertad y unificación hasta llegar a la identificación con aquel que le da el ser. J. Maritain resume este aspecto cuando habla de la “maravillosa unificación” de la experiencia contemplativa que pacifica el alma entera⁹.

6) Inefabilidad de la experiencia mística

Todos los místicos coinciden en manifestar la inefabilidad de su experiencia. A ella se debe la incapacidad para comunicar lo vivido. No se trata de una incapacidad de expresión sin más, es decir, que uno no encuentre las palabras. La apelación a la inefabilidad es ante todo expresión del deseo que la presencia elusiva pone en el místico de ver, por fin, lo que sólo percibe en la huella que su paso deja en él. “Rompe la tela de este dulce encuentro”, hace exclamar San Juan de la Cruz al alma (LI 1). “Es la queja por la conciencia de una finitud de la que no puede salir, pero con la que ya no puede contentarse”¹⁰.

De ahí que el místico recurra al lenguaje simbólico, empleando símbolos comunes -el fuego, el viento, el agua, etc.-; o de aspectos de su experiencia personal -lo profundo, la altura, el gozo, el dolor-; o de vivencias de la relación interpersonal - el amor, el matrimonio-; e incluso llega a convertir en

⁷ Pseudo-Dionisio, *Teología mística*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1990, p. 376.

⁸ J. M. VELASCO, o.c., 341.

⁹ J. MARITAIN, o.c., 867.

¹⁰ J. M. VELASCO, o.c., 349.

símbolos la ausencia, la falta de luz y de voz, cuando habla de la noche, del vacío y del silencio, etc.

7) Experiencia cierta y oscura

Todos los relatos de experiencia mística recalcan la certeza de la autenticidad de la experiencia. Escuchemos el testimonio de Santa Teresa acerca de una experiencia cristológica.

“Si una persona que yo nunca hubiese visto, sino oído nuevas de ella, me viniese a hablar estando ciega o en gran oscuridad y me dijese quién era, lo creería, mas no tan determinadamente lo podría afirmar ser aquella persona como si la hubiese visto. Acá, sí, que, sin verse, se imprime con una noticia tan clara que no parece se puede dudar; que quiere el Señor esté tan esculpido en el entendimiento, que no se puede dudar más que lo que se ve ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha si se nos antojó; acá, aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda” (V 27,5).

Esta certeza nada tiene que ver con credulidad. No es el resultado del concurso de los sentidos ni de la inteligencia discursiva. Se trata, más bien, de la certeza que la misma presencia divina imprime en el alma en la contemplación y a la que ésta responde en fe teológica. Esta certeza es, por tanto, el resultado del contacto del sujeto con la luz superior a la realidad contemplada.

Que sea luz, pero con mucho superior a la capacidad de la propia razón, hace que la ciegue en alguna medida. De ahí que la hace oscura en la misma medida que cierta y que, aun siendo cierta, el sujeto no sea capaz de dar razón de esta seguridad que procede de más allá de sí mismo.

2. ¿Cómo es este Dios que busca la comunicación, más aún, la unión con el hombre?

Del breve recorrido por las características fundamentales de la experiencia mística podemos sacar la siguiente conclusión: quien entra en contacto con Dios no puede sino dejarse atraer por Él. Le pasa como a aquel que encontró la perla preciosa: vendió todo para adquirirla. Creo que sólo podremos comprenderlo si realmente conocemos “de qué perla se trata”. ¿Quién es este Dios que ama tanto al hombre que quiere hacerlo partícipe no de todo lo que *tiene* sino de todo lo *es*?

Los cristianos contamos con un testigo único para saberlo: Jesucristo, el Hijo de Dios. Él mismo es el testimonio, es la carta escrita directamente por el Padre a la humanidad. Cristo es “la imagen del Dios invisible” (Col 1,15). “Quien me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14,9), dice Jesús. Hay una unión tan grande entre el Padre y el Hijo que tienen en común al mismo Espíritu.

Cada una de las tres divinas Personas tiene su manifestación propia.

Dios es nuestro *Padre* en sentido más profundo del término. Él nos ha creado, no como una cosa más, sino "a su imagen y semejanza". Somos personas, dotadas de espíritu y libertad. Fuimos creados en amor, pues "Dios es amor" (1 Jn 4,8). Amor quiere decir relación personal con el Tú, trato de amistad, comunión, querer bien y querer el bien del otro. Nuestro origen es el Amor y éste nos marca también nuestra meta. "Nos ha hecho, Señor, para ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti" (Confesiones I, 1,1). Poniendo Su Amor en el núcleo de nuestro ser el Padre nos ha dejado en herencia la brújula para no errar en el despliegue de nuestra personalidad.

Jesús ha corregido la imagen violenta, justiciera y vengadora de Dios del Antiguo Testamento. "El Padre de nuestro Señor Jesucristo", como dirá san Pablo, no retira nunca su favor a los que ha creado en amor. No quiere la muerte del pecador sino que viva. Y para sacar adelante a la persona, prefiere dejar a los que ya están en camino para buscar al que se ha extraviado. Y cuando encuentra al hijo, Su gozo de Padre es incomparablemente mayor que cualquier gozo humano. No le importa perder su status, sus derechos ni privilegios. Corre al encuentro, abraza al hijo y le cubre de besos. No espera ni siquiera que el hijo pida perdón.

Este Padre que siempre está atento a todas nuestras necesidades, respeta al mismo tiempo nuestra libertad, incluso la de alejarnos de Él. Pero también oye cualquier palabra nuestra de petición para venir en nuestra ayuda sin tardar. "Porque si vosotros, siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuanto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan" (Lc 11,13). Dar el Espíritu Santo quiere decir, compartir su más íntimo ser con el que se lo pida. Dios no se limita a protegernos, ni a garantizarnos solamente bienes en la tierra como en las promesas veterotestamentarias; no nos transmite únicamente instrucciones. Se da a Sí mismo comunicándonos su entraña personal que es trino.

La comunicación de Dios nos cambia, nos sana y nos salva. Poniéndonos en lo suyo, Dios se pone personalmente en lo nuestro. La *vida* del ser humano queda sumamente potenciada en virtud de este contacto inmediato, *teologal*, y por eso mucho más personal con la *Vida* propiamente divina.

Esta autodonación del Padre a los hombres llega en la encarnación del **Hijo** a su plenitud. En Jesucristo Dios se hace visible, palpable, pero sobre todo, se hace uno *con* nosotros y uno *de* nosotros. Dios nos ama tanto que incluso ha querido con-fundirse con el hombre (cf. el Cántico cristológico de Flp 2, 5-11). La humanidad de Cristo es verdadera humanidad. Pero, ¿qué quiere decir esta palabra "*verdadera*"? Que Dios se haya hecho hombre significa que todo lo humano pertenece también a Dios. Jesucristo es la prueba más fehaciente de la pasión de Dios por el hombre. Lo verdaderamente humano ya no se puede separar de lo divino ni lo divino de lo humano. De ahí que "el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" y sólo Cristo manifiesta el hombre al propio hombre y le descubre su vocación (GS 22), es decir, su plenitud. O, con otras palabras, su felicidad.

En Cristo tenemos acceso al Padre. "Nadie va al Padre sino por mí" (Jn). ¿En qué sentido? Jesús, con su pasión y muerte, nos ha salvado de una vez para siempre. Sólo Él es el hombre completo, el que vive, el Resucitado. Por eso es el Camino, la Verdad y la Vida. En Él el Padre nos tiende la mano para adentrarnos plenamente en Su Seno. Es la única felicidad que se corresponde con la dignidad y grandeza que Dios mismo puso en cada uno de nosotros al crearnos.

A la persona sin fe esto tiene que sonarle a auténtica locura. Por lo demás, ésta es una constante desde el comienzo del cristianismo (cf. 1 Co 1-2). San Pablo dirá con razón: "A nosotros nos lo reveló Dios por el Espíritu" (1 Co 2,10).

La gran obra del **Espíritu Santo** es conectarnos por dentro con la Vida divina poniendo nuestra existencia bajo el signo nuevo del Amor. La ratificación de que el Padre quiere que lleguemos ya en esta vida a gozar según Su designio de Amor es que nos ha dado al Espíritu. Quien se abre a Él lo recibirá sin medida. El Espíritu nos enseña todo y nos lleva a la verdad plena: que Dios es nuestro Padre y que Su Reino ya ha comenzado en y entre nosotros. El Espíritu nos convence desde dentro de que somos hijos de Dios configurándonos con el Hijo, Jesucristo.

¿Qué quiere decir *configurar*? El Espíritu une nuestro ser al de Cristo de tal forma que llegamos a "tener la mente de Cristo" (1 Co 2, 16b), es decir, que sus criterios, sus actitudes, su presencia resucitada y resucitadora llegan a ser determinantes para nuestra vida. Y eso, no como un proceso de alienación sino de encuentro con nosotros mismos a través del encuentro con Cristo. "Tu luz nos hace ver la luz", reza el salmista, y Romano Guardini dirá: "Sólo quien conoce a Dios, conoce al hombre". Esta suele ser también una constante en los místicos: que la persona sólo llega a comprenderse en profundidad en la medida en que se adentra, o deja adentrar, en el Misterio de Dios. Es la paradoja del evangelio: "Quien quiere guardar su vida en este mundo, la perderá; pero el que la pierde por mí y por el evangelio, la encontrará".

El Espíritu es el gran artífice y agente principal de la vida espiritual que es también la fuente de lo humano. Él conoce las profundidades de Dios y las del corazón del hombre. Él es el Consejero, el Consolador; con Él el Padre nos concede todo lo que necesitamos para no perdernos en el camino hacia la unión plena con el Padre y el Hijo. Él es la Luz que nos ayuda a conocer la voluntad de Dios que siempre es nuestro BIEN y a reconocer Su Presencia en nosotros y en los hermanos.

El Espíritu es la *dynamis*, la fuerza divina, que es mayor que la de nuestro propio yo y sin la cual no es posible trascendernos hacia Dios. No hay experiencia de Dios sin Espíritu Santo. No en vano escribe san Pablo: "Nadie puede decir: ¡Jesús es el Señor!, a no ser en el Espíritu Santo" (). Pero Dios nos lo ha dado como arras en nuestros corazones (2 Co 1,22).

Volviendo sobre la pregunta inicial: ¿Cómo es este Dios que busca la unión con nosotros, es decir, que anhela nuestra felicidad?, no cabe otra respuesta sino: Dios es Amor. Él es un Sí incondicional y sostenido al hombre. “Si somos infieles –dirá san Pablo-, Él permanece fiel porque no puede negarse (desdecirse) a sí mismo” (2 Tim 2,13).

¿Podrá la persona salir al paso de esta manifestación permanente de la entrañable misericordia de Dios?

¿Es posible que el hombre entre en una relación personal con ÉL?

3. ¿Qué es el hombre?

Esta pregunta nos lleva directamente al núcleo de nuestra condición humana. “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?” (Sal 8), se preguntaba ya el salmista hace más de 2000 años. La respuesta sencilla, profunda y trascendente es: El hombre es un tú para Dios. Entre todos los seres creados es el único interlocutor que tiene capacidad de conocerlo y amarlo. Por eso Dios le puso como su lugarteniente de la entera creación visible para gobernarla y usarla glorificándole a ÉL (cf. GS 12).

A pesar de la infinita diferencia que existe entre la criatura y el Creador, la persona humana no es un ser clausurado en sí mismo como las demás criaturas, sino que es constitutivamente un ser abierto a la trascendencia. El hombre no se basta a sí mismo. Aunque todos los bienes de la tierra deben estar ordenados a su servicio, no pueden satisfacer su sed de aquello que es más que él mismo y a lo que muchas veces no sabe ni dar nombre. El hombre es un ser de alguna forma llagado por la llamada de Dios a la unión con Él. Esto significa que la existencia humana es esencialmente dialógica y responsiva. Lo sabemos a nivel humano, pero olvidamos casi siempre que la raíz está en la llamada que Dios nos dirige. Él mismo dejó inscrita Su llamada en el núcleo de nuestro ser. Por eso no se puede ser plenamente persona humana al margen de Dios.

El Dios que llama al hombre a la unión con Él le capacita al mismo tiempo para el encuentro. Él ha dotado al ser humano de alma y espíritu, y le ha hecho libre, pues Dios no quiere el dominio sobre el corazón humano a no ser que la persona se lo conceda en un acto libre por amor a ÉL¹¹.

Que la persona sea un ser espiritual sólo lo podemos comprender desde Dios que es Espíritu. Nunca lo entenderemos plenamente pues es un misterio. Pero siendo un misterio divino es al mismo tiempo también nuestro propio misterio.

¹¹ Cf. E. STEIN, *Kreuzeswissenschaft*, Edith Stein Gesamtausgabe (ESGA) 18, 134-135.

En el hombre alma y espíritu se complementan mutuamente. Podríamos decir que el espíritu humano tiene dos direcciones de actuación: él está abierto hacia fuera, hacia el mundo exterior con todo lo que esto implica; pero también está abierto hacia dentro, hacia su propia interioridad, donde reside la propia individualidad, donde maduran las decisiones importantes de la vida y, donde mora Dios. Es el alma. Es importante saber diferenciar estas dos funciones del espíritu en nosotros, pues puede que el espíritu vea y el alma permanezca vacía. Uno puede, por ejemplo, saber mucho, pero no por eso será necesariamente una persona honesta. Para ello hace falta interiorizar lo aprendido.

Gracias al espíritu proyectado hacia fuera el hombre es capaz no sólo de percibir las realidades espirituales que le rodean sino también de intervenir creativamente en ellas. Por su condición espiritual el ser humano puede relacionarse con otras personas y compenetrarse con ellas. En grado supremo acontece esta compenetración cuando el alma se une a Dios y es penetrada por Él. Por estar dotada de espíritu la persona se percata también de los valores que dan sentido a su existencia en la medida en que los va haciendo suyos.

Este hacer suyo acontece en el alma. ¿Qué es el alma? Creada directamente por Dios, el alma es imagen del Espíritu divino, es decir, es única, individual e inmortal. El alma es el centro de la persona. Su estructura personal indica la existencia de un yo consciente y libre en virtud del cual el hombre es señor de su alma y puede abrir o cerrar sus puertas. No estamos, pues, indefensos frente a las influencias e impresiones de fuera. Según el alimento que proporcionamos al alma, así serán sus frutos. De ahí que la vida espiritual no es un ejercicio cuantitativo, sino cualitativo: su fomento proporciona una actualización creciente de mi ser personal.

La grandeza del alma reside en que está llamada a la unión con Dios. La vida del alma no sólo refleja al Espíritu divino sino que ella es también capaz de acogerlo y de vivir en plena unión con Él. ¿Qué sucede con la individualidad de la persona cuando Dios la atrae hacia Sí y la hace partícipe de su vida divina? ¿Acaso queda diluída? "Su individualidad no es expulsada por el Espíritu de luz, sino que se desposa con Él y experimenta así un *nuevo nacimiento*" (Edith Stein), un aumento del ser. A mayor cercanía de Dios, mayor plenitud.

Lo que venimos exponiendo no significa, sin embargo, que la persona lleve "automáticamente" una vida espiritual en sentido sobrenatural, pero sí que puede y debe disponerse a ello. La relación con Dios es una gracia; nunca el hombre la puede provocar por propia iniciativa, pero sí abrirse o cerrarse a ella. La libertad humana juega aquí un papel importante. Pero no basta cualquier forma de libertad. A fin de que la persona pueda dejarse atraer cada vez más por Dios, ha de descentrarse de sí misma, porque es imposible encontrar el camino mientras uno se mira todavía a sí mismo. La persona libre vive, por supuesto, en el mundo y recibe las impresiones de él, pero no se deja mover *inmediatamente* por ellas, sino que vive *guiada desde lo alto*. Esto significa, en el fondo, no hacer uso de su libertad, pero no como forma

de una pasividad equivocada, sino como expresión suprema de la entrega total de sí a Dios. Es la donación como acto más libre de la libertad.

De lo dicho podemos sacar una conclusión intermedia: Desde el punto de vista cristiano, la vida espiritual -también la vida mística- no es un privilegio reservado a algunos pocos, sino que constituye un reclamo antropológico fundamental. Sólo por el hecho de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios, este le ha dado al hombre la clave de su felicidad y le ha capacitado para encaminarse hacia ella. No está en el *tener* sino en el *ser*, es decir, en llegar a ser lo que el Creador quiso que fuera al darle la vida. La colaboración humana a este acercamiento es indispensable. No es que Dios no pudiera hacerlo todo, pero ÉL no quiere sustituir al hombre sino contar con él.

Nos preguntamos: ¿Cuáles son los cauces de colaboración humana más idóneos?

Ante todo, debo tomar conciencia de que mi existencia es un *vivir-desde-el-don*. El hombre, por más que intente aparentarlo, no es un ser auto-suficiente. No me he dado la vida a mí mismo ni soy dueño de ella. Es un hecho innegable que mi ser es fugaz y se encuentra constantemente expuesto a la posibilidad del no-ser. Pero a este hecho corresponde otro, no menos cierto: "a pesar de esta fugacidad, *soy y soy conservado* en el ser de un instante al otro; en fin, en mi ser fugaz yo abrazo un ser duradero. [...] En mi ser yo me encuentro con otro ser que no es mío, sino que es el sostén y el fundamento de mi ser que no posee en sí mismo sostén ni fundamento"¹². Sólo Dios existe por sí mismo, sólo ÉL es la verdad y la vida.

Mi finitud me lanza, por tanto, al Infinito. Mi ser contingente, caduco y fugaz me revela algo inenarrable: ¡que tengo mis raíces -desde siempre- en la eternidad!; que antes de llegar a percibir la soledad e impotencia de mi finitud ya estoy cobijado "como un niño en brazos de su madre" (Sal). Con otras palabras: El punto más bajo, el que más me sabe a barro y sinsentido se convierte para el que cree en el lugar teológico más íntimo del encuentro con el Dios vivo, ¡en teofanía!

"Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra -que es como decir: Señor de la vida y de la muerte de todo lo que existe-, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños" (Mt 11,25), exclama Jesús. "Proclama mi alma la grandeza del Señor -cantará María-, porque ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava" (Lc 1, 46.48). ¿Qué pequeñez? La que descubre el que busca la verdad. Por eso dirá santa Teresa que "humildad es andar en verdad". Y la verdad no es aquello que a mí me parece sinceramente, sino Dios mismo, *la Verdad*, como punto de

¹² E. STEIN, *Endliches und ewiges Sein*, ESGA 11/12, Herder, Freiburg 2006, 59. 60. Edición española: en E. STEIN, *Obras completas*, III, Monte Carmelo, Burgos 2007, 667.

referencia ineludible y única medida válida para conocer mi propia verdad¹³. ¿Cuál? Que yo soy hechura de Dios y que, por tanto, sólo ÉL es el Señor.

Cuando acepto mi contingencia a la luz de la Verdad, entonces estoy en condiciones para recibir mi vida como don y descubrir mi religación a Dios no como humillación sino como elevación hacia Él, como gracia ilimitada. Éste es el comienzo de una felicidad que nada ni nadie nos podrá arrancar y que, una vez gustado, aunque sea por sólo un instante, el hombre no puede dejar de anhelar. Son innumerables los textos de la Escritura y de la literatura mística que expresan este anhelo. “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo, ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?” (Sal 41).

Esta apertura al don, la experiencia del toque divino en el hondón del alma, suscita en el hombre la respuesta en fe y amor.

La fe es el cómplice del alma que anhela la unión con Dios. ¿En qué sentido? Porque es la guía especializada en caminar de noche. Cuando la fuerza atractiva de Dios supera la del propio yo, éste se trasciende hacia Él como el metal atraído por un imán. El espíritu humano entra entonces en la noche, pues ya no comprende lo que pasa. Se oscurece la razón o el entendimiento. Y no es que quede eliminado, sino que no tiene ningún campo de aterrizaje, pues el alma ha entrado en la esfera de lo divino, en el misterio de Dios. Es entonces cuando despliega la fe su calidad de guía. San Juan de la Cruz dice de ella que no da luz, pero sí certeza (cf. 2 S 6,2).

Por la fe la persona se pone existencialmente en manos del que reconoce como su Dios y su Señor. Reconocer no significa aquí un acto meramente intelectual sino la confesión del hombre, en forma de entrega, después de haber sido alcanzado por Dios en el núcleo de su ser.

La fe conecta profundamente con la luz divina y permanece en ella, “aunque es de noche” (sanJuan de la Cruz). Así lo expresa el santo místico castellano en el *Cantar de la alma que se huelga de conocer a Dios por fe*, “Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche”¹⁴.

Actuando así, la fe mantiene el alma abierta al Espíritu divino a fin de que Éste ordene el interior del hombre según los criterios del Reino. De esta forma la fe ayuda a la persona a vivir desde la lógica del Espíritu Santo y no desde la lógica meramente humana, ya que “el hombre naturalmente no acepta las cosas del Espíritu de Dios; son locura para él. Y no las puede entender, porque sólo espiritualmente pueden ser juzgadas” (1 Co 2, 14).

¹³ De allí que Santa Teresa escriba: “Esta verdad que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de estaverdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza” (Santa Teresa, *Vida* 40,2).

¹⁴ Así reza la estrofa 2ª: “En esta noche oscura de esta vida, / qué bien sé yo por fe la fonte frida / aunque es de noche”.

Guiando al alma a través de la noche, la fe la encamina hacia la unión con Dios. La unión misma, sin embargo, es gracia exclusiva de Dios. El alma colabora *dejándose*, es decir, con una pasividad activa motivada por el ardor del amor que la va consumiendo.

“Hace tal obra el amor
después que le conocí,
que, si hay bien o mal en mí,
todo lo hace de un sabor,
y al alma transforma en sí,
y así, en su llama sabrosa,
la cual en mí estoy sintiendo,
aprieta, sin quedar cosa,
toda me voy consumiendo”¹⁵.

La unión del alma con Dios sólo la misma alma la conoce. San Juan de la Cruz termina su *Llama de amor viva* diciendo que de esta compenetración “llena de bien y de gloria y delicado amor de Dios para el alma, yo no querría hablar, ni aun quiero, porque veo claro que no lo tengo que saber decir, y parecería que ello es, si lo dijese” (LI 4,17).

Lo que venimos diciendo puede dar la impresión que el camino místico es sólo para algunos pocos. La verdad es que solemos conocer sobre todo los testimonios de los grandes místicos, bastantes de ellos canonizados. Los miramos, con admiración, desde lejos y muchos están convencidos de que la vida en el mundo es incompatible con una experiencia mística, es decir, que “eso” es para los que se encierran en un claustro. De hecho el trato que se ha dado al tema místico durante largo tiempo ha favorecido una actitud semejante.

Pero volvamos un momento a la definición inicial: místico es aquel que tiene un conocimiento de Dios por experiencia. Y fe viva ¿qué es? Fe viva significa tener una relación personal con Dios en Cristo, experimentar la fuerza de la salvación en mi propia vida, vivir con una jerarquía de valores conforme al Evangelio y eso, no desde la cabeza sino por estar experimentando la felicidad de la libertad de los hijos de Dios. Quien ha saboreado una vez esa libertad no puede sino anhelar llegar a vivir en plenitud este don. Las pinceladas sobre la antropología cristiana no dejan lugar a duda de que todo hombre está llamado a ello.

4. ¿Qué puede aportar la felicidad del místico al mundo de hoy?

Nos queda una pregunta pendiente: ¿Qué puede aportar la felicidad del místico al mundo de hoy?

¹⁵ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Tras de un amoroso lance.Sin arrimo y con arrimo*, 3. estrofa.

Para contestarla detengámonos antes en la naturaleza de la felicidad del místico. ¿En qué consiste? ¿Cómo la acusa el que la vive?

San Pablo nos ha dejado una cita muy sustanciosa al respecto. En Rm 14,17 dice así: "El Reino de Dios (...) es paz, gozo y justicia (=santidad) en el Espíritu Santo", o "que actúa en nosotros el Espíritu Santo". La expresión "el Reino de Dios" quiere decir: cuando Dios reina en el corazón humano, cuando ÉL es verdaderamente el Señor de mi vida, cuando ya he adquirido la perla preciosa, Dios mismo, entregándole todo mi ser. ¿Qué sucede al que vive así? Pablo dice que donde Dios reina, la persona experimenta paz, gozo y santidad, pero no como fruto de nuestro esfuerzo sino como don que arroja el Espíritu Santo en nuestro interior. Se trata de una paz que humanamente hablando no tiene "lógica", por ejemplo, cuando estoy calumniado; del gozo que no es una alegría meramente humana, resultado de un bien conseguido, sino que experimenta el que puede hacer suyas las palabras de san Pablo: "Vivo yo, mas no soy yo, es Cristo que vive en mí" (Ga 2,20); de la justicia o santidad que no se apoya en mis obras o méritos sino en la gracia, Cristo mismo, que me amó tanto tanto que hasta se entregó por mí (cf. Ga 2,20b).

Quien está poseído de esta manera por el Espíritu de Dios experimenta una profunda unificación de todo su ser. Santa Teresa habla del dilatamiento o ensanchamiento en el alma "a manera de cómo si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente sino que la misma fuente estuviese labrada de una cosa que mientras más agua manase más grande se hiciese el edificio" (4 M 3,9).

La felicidad mística ensancha, por tanto, la voluntad y todo el ser de la persona, un movimiento imposible en el que está centrado en sí mismo y enredado en los bienes efímeros. Donde reina el pecado el hombre está dispersado en su interior, se encoge, su corazón está frío y lleno de miedo, mientras que el Bien en sus múltiples formas (cf. Ga 5, 22!) crea amplitud interior y da alas. "No cabe temor en el amor; antes bien, el amor pleno expulsa el temor, porque el temor entrafña castigo; quien teme no ha alcanzado la plenitud en el amor" (1 Jn 4, 18).

El que ha encontrado en la unión con Dios la verdad fontal de su existencia se caracteriza por un equilibrio profundo. Teresa emplea también el término "señorío" que es tanto como decir libertad interior.

¿Significa todo esto que la persona unificada ya no tiene ningún problema? No. La vida mística no repara necesariamente p. ej. los desequilibrios, pero ayuda a vivirlos de tal forma que no son un impedimento para la expansión del Reino en la persona misma y a su alrededor.

¿Qué aporta, pues, la felicidad mística al mundo de hoy?

Estaríamos muy equivocados si pensásemos que el místico es una persona "volada", alguien que ya no hace pie en la tierra. Este concepto, todavía bastante difundido -de hecho a veces se dice de forma despectiva: "Éste es un místico"-, se debe tal vez al hecho de que en tiempos antiguos el místico era "por fuerza" también la persona consagrada. Hoy en día, en que

la Iglesia ha redescubierto la insondable gracia del bautismo que nos convierte en hijos de Dios, se propone la mística, entendida como experiencia personal de Dios, como exigencia intrínseca del cristiano maduro.

Sea como fuere, hay un dato que se nos escapa a veces: el verdadero místico es la persona más humana, más aterrizada y también más comprometida. El místico no vive de espaldas al mundo. Allí están tantos hombres y mujeres que, desde una auténtica vida mística, se han entregado - y están entregando- a la causa del Reino a través de un compromiso total y totalizante a favor de los hermanos. Pensemos en personas como **Dag Hammarskjöld** (1905 - 1961), Secretario General de la ONU entre 1953 y 1961; en **Chiara Lubich** (1920-2008), Fundadora del Movimiento Focolar; en **Madeleine Delbrêl** (1904-1964), que renunció a una carrera intelectual prometedora para vivir su fe como asistente social, junto a un pequeño grupo de mujeres, en las afueras de París, entre personas mayoritariamente marxistas; o en el recientemente beatificado periodista español **Manuel Lozano Garrido** (1920-1971), llamado Lolo. La lista de nombres sería innumerable, sobre todo teniendo en cuenta a los muchos que hemos conocido tal vez personalmente y cuyos nombres están, ante todo, escritos en el cielo.

Jesús, en su Oración sacerdotal, pidió expresamente: "Padre santo, no te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno" (Jn 17, 15). No lo pidió para que los creyentes formemos un grupo elitista en el sentido más peyorativo del término sino para que, desde la vivencia del Amor, nos pongamos, los primeros de todos, al servicio de los demás a fin de que sea posible la nueva humanidad.

El don de Dios no se da para edificar a la persona en un intimismo solitario. Todo don es intrínsecamente también tarea, misión. Y como Dios ama al hombre no queriendo nada para Sí sino todo para él, para que goce con el designio divino y llegue a ser plenamente él mismo, así también el que ha sido atraído por gracia hacia la corriente de Vida: no temerá las fatigas, ni siquiera el fracaso con tal de poder hacer el bien allí donde Dios le pone.

Pero es más: la persona libre, la que, por la unión con Dios, se deja guiar desde lo alto, desarrolla una gran capacidad para percatarse de lo que resumíamos en otro momento con el término "verdad": la verdad del hombre y de todo lo que forma parte de su misterio, inseparable, por otra parte, de la verdad de Dios. Por eso el místico es también profeta.

Quiero terminar con un texto evangélico tan conocido y tan desconocido al mismo tiempo. Lo entenderán los que de alguna manera ya han experimentado la felicidad del Reino. No es una felicidad "facilona", pero es la única felicidad que gozaremos para siempre.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa.

Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros" (Mt 5, 3-12).

Claire Marie Stubbemann

Facultad de Teología del Norte de España, Burgos

